
DE LA ESCENA CONTEMPORÁNEA

ENTREVISTA

Alfredo Pareja Diezcanseco: apuntes de su itinerario

JULIO ORTEGA

Brown University, USA

RESUMEN

En esta entrevista, resultado de un encuentro que posiblemente se dio en “el otoño de 1984”, el crítico y ensayista peruano Julio Ortega desarrolla un diálogo amplio, ameno e intenso con el novelista, ensayista e historiador Alfredo Pareja Diezcanseco (Guayaquil, 1908-Quito, 1993), figura destacada de la generación vanguardista conocida como el Grupo de Guayaquil, o Generación del 30, al decir de Benjamín Carrión. Ortega nos ofrece un recorrido por la vida y obra de Pareja Diezcanseco a través de preguntas que tienen que ver con sus inicios como escritor, el papel de los intelectuales en la encrucijada de la década del 30, la política, el proyecto nacional y latinoamericano, los viajes que por razones políticas en ciertas ocasiones y en otras por motivos de sobrevivencia, llevaron al gran novelista ecuatoriano a residir en países como Chile, México, Buenos Aires y Costa Rica; países en los que supo cultivar amistades y desarrollar su actividad como narrador y catedrático. Sin duda, se trata de un diálogo que recupera para la memoria histórica de Ecuador y América Latina la voz, la palabra de uno de los protagonistas de la literatura continental cuya obra está inserta en la rica tradición del siglo XX.

PALABRAS CLAVE: conversaciones literarias, Alfredo Pareja Diezcanseco, literatura ecuatoriana, Generación del 30, novela ecuatoriana, escritores ecuatorianos, política, literatura latinoamericana, exilio.

SUMMARY

In this interview, the result of a meeting that possibly occurred in “the fall of 1984”, Peruvian critic and essayist Julio Ortega develops a comprehensive, entertaining and intense dialogue with novelist, essayist and historian Alfredo Pareja Diezcanseco (Guayaquil, 1908 Quito, 1993), a leading figure of the avant-garde generation known as the Group of Guayaquil, or Generation of the 1930s, in the words of Benjamin Carrión. Ortega offers a journey through

the life and work of Pareja Diezcanseco through questions that have to do with his beginnings as a writer, the role of intellectuals in the crossroads of the 30s, politics, the national and Latin American project, his travels at certain times for political reasons and on others for reasons of survival, which led the great Ecuadorian novelist to reside in countries like Chile, México, Argentina and Costa Rica; countries where he learned to cultivate friendships and develop his profession as a storyteller and lecturer. Undoubtedly, this is a dialogue that recuperates, for the historical memory of Ecuador and Latin America, the voice and the word of one of the protagonists of continental literature whose work is inserted in the rich tradition of the twentieth century.

KEYWORDS: conversations, Alfredo Pareja Diezcanseco, literature, Ecuador, politics, Latin America, exile.

CREO QUE FUE el otoño de 1984 cuando grabé esta conversación con Alfredo Pareja Diezcanseco en la Universidad de Texas, en Austin, donde yo era profesor de Literatura Hispanoamericana y él profesor visitante de Estudios Latinoamericanos. La recupero ahora para dar testimonio de la calidad latinoamericanista de esta figura gentil de las letras ecuatorianas, cuya experiencia internacional excedió la penuria de las dictaduras y el exilio. En su libro de viajes por Sudamérica, *The Patagonian Express*, Paul Theroux cuenta que se encuentra con Pareja en Ecuador y anota que se asemeja a un digno coronel del sur de los Estados Unidos. A mí me pareció dotado del don de la conversación, con una memoria prodigiosa y educada. Pareja Diezcanseco fue uno de los primeros escritores nuestros capaz de ejercer una ciudadanía no solo regional sino también continental. Aunque algunas palabras y frases de la conversación son inaudibles, creo que este documento ayuda a valorar una vida y una obra que son hechura del tiempo latinoamericano que le tocó entender desde la actualidad de las sumas del relato.

Julio Ortega: Una de las sorpresas agradables de encontrarlo aquí visitando la universidad es comprobar que a lo largo de estos años de experiencia literaria, académica, diplomática y política usted ha logrado mantener y preservar viva una actitud política claramente liberal. Esto me sorprende francamente porque en el Perú uno está acostumbrado a encontrar que los escritores, y no necesariamente de edad, luego de unos períodos liberales pasan con entusiasmo a largos períodos conservadores, y esta es quizá una pauta recurrente en nuestros países. Entonces, la primera cuestión que corresponde es sobre cómo ha logrado mantenerse políticamente decente.

Alfredo Pareja Diezcanseco: La verdad es que es muy frecuente lo que usted dice en mi país también; decimos que empiezan con fuego y acaban

como bomberos. Bueno, yo no, todo lo contrario; no le diré que me he ido extremando, porque eso no es digno de la inteligencia, pero que sí con el tiempo, la edad, la experiencia, he ido viendo más de cerca las injusticias del mundo en nuestras sociedades.

JO: Mirando un poco a los comienzos, ¿cómo fue el inicio de su experiencia ecuatoriana desde el punto de vista político? ¿Había en la universidad una conciencia que correspondiera a la que se desarrollaba en otros países?

APD: Había en la universidad un movimiento estudiantil que se llamó Democracia Independiente con bastantes comunistas, otros que no éramos ni fuimos nunca comunistas, y que era un grupo muy rebelde que lo jefaturaba Pedro Saad, que luego llegó a ser secretario general del Partido Comunista. Estoy hablando de los años 25, 26. De allí salió un poco de rebeldía, aunque originalmente eso se produjo en nuestro país por un acontecimiento que ocurrió el 15 de noviembre de 1922, una huelga de trabajadores muy bien organizada que fue diezmada en una forma brutal. Los rodearon en una ciudad que entonces no tendría más de 50.000 habitantes, y el saldo de muertos fue de unos 1.500, y a los que asesinaron los tiraron al río Guayas. Ese es el tema de la novela de Joaquín Gallegos Lara, que también toco en alguna novela mía, pero Joaquín le dedica una novela entera, *Las cruces sobre el agua*. Eso nos impresionó en una forma dramática y nos obligó a ver de cerca la realidad que estaba escondida. La visión del país era bucólica, nuestra literatura lo elogiaba de la mano de Chateaubriand, pero nos dimos cuenta que era absurdo. Y entonces salió este libro inicial *Los que se van*, libro de cuentos con muy malas palabras, pero Benjamín Carrión que era un espíritu muy agudo y muy observador habló bien del libro y estimuló el movimiento.

JO: Es curioso esto de la violencia como bautizo de experiencia política, porque es un tema que está en la literatura latinoamericana, e incluso en *Cien años de soledad*. Hace poco estaba leyendo las memorias de Canetti y también él cuenta que en su juventud en Viena hubo una masacre que se convirtió en la fuente de su literatura, de su reflexión crítica y literaria.

APD: Claro, hay un libro, el de Dorfman, que trata sobre la violencia en la novela, aunque me parece que Dorfman dice muchas veces violencia y pocas veces rebeldía, y que quizá más el fenómeno es de rebeldía, pero está muy bien tratado.

JO: ¿Usted empezó a escribir ya dentro del grupo de Guayaquil o el grupo fue posterior?

APD: Yo empecé a escribir antes, empecé a escribir versos, lo que hacemos todos los escritores cuando no somos poetas pero nos creemos poetas en determinado momento. Escribí muchos versos, y también publicaba revistas. Me acuerdo de una que se llamaba *Voluntad*, con Demetrio Aguilera Malta, en Guayaquil, yo soy guayaquileño y de pronto se me ocurrió hacer una novela, en clave, por razones políticas, que se llamó *La casa de los locos*, tomándole el pelo a unos grandes señores de Guayaquil, y eso fue antes del grupo de Guayaquil. El grupo se inicia en 1930 y se disgrega en 31-32.

JO: ¿Sus primeras novelas tenían ya una preocupación social?

APD: No diría social, era más política en ese instante.

JO: Corresponde a la rebeldía política de esos años críticos.

APD: Exacto, y además a la influencia de *Amauta* y, después, de Mariátegui, que fue muy activa en el Ecuador.

JO: ¿Cómo era el clima intelectual en el Ecuador en esa época? ¿Era un ambiente nacional o ya latinoamericano?

APD: Era un clima guayaquileño, en primer lugar, porque no hubo en ninguna otra ni fuera del país, si no estoy desmemoriado, ese tipo de novela cruda, realista, violenta que coincide con la de Brasil. Pero no digo yo que influyó, ni que fue originariamente primero el grupo de Guayaquil, pero sí hubo una coincidencia latinoamericana como en Chile con Mariano Latorre.

JO: Se ha hablado mucho de que hay una novela de la tierra, en la cual se ubica a Jorge Icaza, pero usted empezó a escribir en un período más bien urbano, ¿verdad?

APD: Corresponde a un período urbano cronológicamente, aunque el libro del maestro Jorge Icaza, el famoso *Huasipungo*, es posterior. Pero él sigue la problemática indígena, y en la Costa no teníamos esos problemas.

JO: ¿Quiénes conformaron el grupo Guayaquil?

APD: Demetrio Aguilera Malta, Enrique Gil y Joaquín Gallegos. A mi regreso del viaje a Estados Unidos me incorporé junto con José de la Cuadra, y ya éramos los cinco. Se cultivó entre nosotros una amistad más personal que literaria, lo cual fue muy útil para nuestra creación.

JO: ¿Ustedes tenían vínculos con Amauta entonces?

APD: Sí, con el grupo Amauta y con José María Arguedas. Él nos visitó una vez cuando publicó *Yawar Fiesta*. Tengo una fotografía almorzando con él en un restaurante, la encontré hace poco cuando iba a hacer un trabajo sobre él.

JO: ¿Cómo sería el balance que haría usted del grupo como conjunto dentro de la literatura y la cultura ecuatoriana?

APD: Me parece que entre los años 30 y 40, con excepción de José de la Cuadra, éramos escritores que íbamos aprendiendo a escribir mientras publicábamos, porque nos sentíamos con una especie de misión, sin saber que era misión y que simplemente era el amor hacia la labor. Ya de los 40 a los 50 la calidad formal va mejorando entre los que quedamos, porque desgraciadamente Pepe de la Cuadra murió a los 37 años, ya siendo un escritor maestro, luego murió también Joaquín Gallegos Lara; y quedamos solo tres. Luego Enrique Gil, que era un escritor nato, se dedicó a la política, dejó de escribir por mucho tiempo, y después de muchos años publicó un libro de cuentos. Quedamos Demetrio y yo.

JO: Ustedes escribieron buena parte del tiempo en el exilio.

APD: Algunas veces, según las circunstancias políticas, porque hubo una época en que por el hecho de decir que se estaba haciendo versos uno ya era peligroso; en 1935-1936 un dictador nuestro desterró a todos y nos metió a la cárcel. Carrión salió para el norte y no quedó un solo intelectual en el Ecuador. Todos eran acusados de una conspiración con bandera soviética. Yo fui al Brasil, muchos fueron a las islas Galápagos que era entonces una colonia alemana.

JO: En la experiencia política del grupo me imagino que una de las dictaduras más largas sería la de Velasco Ibarra, el recurrente.

APD: Velasco Ibarra no nos desterró; cuanto más, mandaría dar palo. Tenía procedimientos muy expeditivos.

JO: Tenía la reputación de ser un personaje muy astuto.

APD: Sumamente. Enorme habilidad y una gran asimilación a la cultura, con una habilidad igual que la política; cuando lanzaba un discurso, la gente que no conocía el tema de que estaba hablando decía “es un sabio”, y quedó con la reputación de sabio.

JO: ¿Lo conoció personalmente?

APD: Claro; no fui objeto de su afecto, pero en una campaña presidencial luego de que nuestro candidato perdió, 30 días después de posesionarse nos invitó a cenar. Fui con miedo, pero era para pedirme que el periódico del que era gerente le diera el apoyo editorial para una reforma de la ley que quería hacer contra alguien que era alcalde de Guayaquil y estaba haciendo barbaridades.

JO: ¿Cómo era Demetrio Aguilera?

APD: Era un escritor jovial, bondadoso, encantador; éramos como hermanos. Estaba muy mal de salud, en los últimos tres años estuvo muy mal.

JO: Vivió muchos años en México, ¿no intentó volver al Ecuador?

APD: No; la segunda mujer fue una mexicana; tenía su casa allá. La última vez que lo vi, gracias a esta cosa de ser ministro de Relaciones Exteriores, lo nombré inmediatamente embajador en México.

JO: Aguilera estuvo en España cuando la guerra civil, para el Congreso de intelectuales antifascistas en Valencia. ¿Recuerda usted los efectos de la guerra civil?

APD: Demetrio tiene un reportaje que se llama “Reportaje de una retaguardia heroica”. Pedro Jorge fue otro escritor ecuatoriano que se dedicó luego al grupo de Guayaquil, más joven que nosotros; sacamos un periódico que se llamaba *España Leal*. Siempre iba a Chile o a Perú, según, si estaba la situación en Perú intolerable por razones políticas, seguía a Chile, donde iba la ruta de todos los exiliados.

JO: Entre los muchos libros de Demetrio, ¿cuáles son los que usted prefiere?

APD: Me gusta mucho el primero, libro que tuvo éxito, de una gran poesía, fue una exploración lírica a pesar de ser un libro juvenil. Me gusta después, muchísimo, *La isla virgen*, que es una continuación de ese mismo mito de realidad tan bien manejada.

JO: A él le interesaba también la dimensión mágica y fantástica, como en su novela *Siete lunas y siete serpientes*.

APD: Después publicó otra, *El secuestro del general*. A mí me gusta más *La isla Virgen* que las *Siete lunas*, es cuestión de gusto personal.

JO: Quizá podemos hablar de su libro *La hoguera bárbara* del 44. ¿Quién es este capitán de la revolución ecuatoriana que la protagoniza?

APD: Alfaro, que fue un hombre extraordinario. Le voy a contar a usted esa historia. Mi padre fue un conservador moderado de un sector que se llamaba el progresismo y fue agregado militar a la delegación en Lima, donde conoció a mi madre, hija del general Diez Canseco, se casó con ella y regresó al Ecuador; pero él era muy amigo de Antonio Flores y tomó parte una vez en una campaña contra el dictador Veintimilla, en que las fuerzas progresistas y conservadoras se unieron; y Alfaro lo ascendió de grado, a capitán, pero no siguió con Alfaro, sino que Alfaro lo desterró. Mi padre murió cuando yo era muy niño, y me dio mucha inquietud conocer este hecho; y comencé con la rabia de que Alfaro había causado tanto daño a mi familia, vivimos en una

extrema pobreza; pero ocurrió que hice una amistad personal muy íntima con un nieto del general Alfaro, y empecé a conocer las cosas de Alfaro en la casa de él, con la madre de él, que era una señora admirable, doña Esmeralda, y comencé a mirar la figura de este hombre que para mí era muy extraña, y quise escribir un día su vida y me dieron ellos todo el material; por años tuve en los cajones en mi casa esos cuadernos, y me enamoré de la figura de Alfaro. No le perdía yo respeto a mi padre, mi padre estaba en una edad anterior; pero realmente Alfaro fue un hombre increíblemente inteligente, y este es el origen de *La hoguera bárbara*.

JO: *Baldomera* ya es una novela de ambiente popular.

APD: Bueno, *Baldormera* creo que es una novela bien hecha dentro del modo tradicional de la novela; recoge una cuestión popular de Guayaquil, ya que esta negra Baldomera existió; fue una enorme mujer muy valiente y borracha que vendía frituras y comidas en un sitio de Guayaquil, un barrio apartado, y a quien apodaban “la jeta frita”, cosas del humor guayaquileño; y esta mujer peleó el 15 de noviembre en las calles.

JO: En *Los ríos profundos*, de José María Arguedas, también una mujer es el eje de la rebelión, doña Felipa.

APD: Baldomera era de las que peleaba con la policía a puñetazos.

JO: Son figuras que representan quizá el estrato social de los intermediarios, de los comerciantes, de mayor movilidad social. Ahora, a usted le interesaban inicialmente esos ambientes populares que reaparecen en otras novelas.

APD: Pero después me interesó mucho la clase media, me pareció que se estaba organizando la clase media y que eso podía explicarse en términos del ingreso de mi país a la vida moderna del siglo XX.

JO: Había un proceso de urbanización acelerado en Guayaquil, por el comercio.

APD: Por el comercio y la exportación. Una clase media urbana que poco a poco iba creando un aparato burgués, empresarial y luego financiero y por eso se acomodan ahí las ideas liberales.

JO: *Hombres sin tiempo*, su siguiente novela, relata bien la experiencia de la cárcel.

APD: Sí, es una novela que tuvo mucho éxito, me parece que es una buena novela. Está escrita en primera persona; son las memorias de un preso, pero no político, está preso por un crimen. Es un hombre sin tiempo. En un encierro no hay tiempo, hay una serie de lucubraciones; es un poco más

existencialista, ya salía yo del realismo. En primer lugar, quisiera aclarar esto, la gente sigue hablando de esta época del realismo social ecuatoriano, y eso es absurdo, no es realismo socialista, porque confunden realismo social con realismo socialista, nunca hubo ese realismo socialista en el Ecuador.

JO: Es un intento más bien de testimoniar la realidad.

APD: Exacto, casi es antropológico, sociológico, remplazaba la falta de investigación en ese campo.

JO: Un poco como *Ciro Alegría*.

APD: Pero *Ciro Alegría* lo hizo ya con más maestría, lo hizo con mejores instrumentos de expresión, sobre todo en *La serpiente de oro*.

JO: Ahora, en *Las tres ratas* usted vuelve a los ambientes populares de Guayaquil.

APD: Popular sí pero dentro de la clase media; su símbolo es la degradación de la familia liberal. Ese es un libro que escribí en tres meses, escribía muy rápidamente, creía que la literatura era inspiración, y eso no es verdad, es una gran mentira. Pero es que hubo un concurso y mis amigos me incitaron a escribir; escribí entonces *Las tres ratas* y saqué el segundo premio, y después se puso en cine, tuvo un éxito enorme en Argentina con tres grandes artistas de la época. Refleja los problemas sociales del momento a través de tres mujeres.

JO: Parece que con *Las tres ratas* concluye un ciclo, el testimonial, el social, y después empieza el ciclo de “Los nuevos años”. ¿Por qué los nuevos años?

APD: Porque son los años que desde 1925 conforman el nuevo espíritu de mi país. En 1925, como una consecuencia de la tragedia de 1922, surgió una transformación que quisieron hacer los jóvenes militares, y algunos fascistas y otros comunistas. Echaron del poder al liberalismo y quisieron organizar el país moderno. La administración fue muy mala pero los resultados fueron interesantes, porque se creó el Banco Central, el Instituto de Previsión, empezó una reorganización típica del siglo XX. Entonces se me ocurrió el ciclo de “Los nuevos años”. Tenía el ejemplo de la novela-río francesa y comencé a hacerlo así.

JO: Era como hacer la historia de una clase social.

APD: Exacto; continuaron los personajes durante los tres primeros volúmenes, el primero es una novela típicamente tradicional, con dos o tres escapadas hacia lo experimental, algo un poco estrambótico que me lo critica-

ron por no ser novelístico; los otros volúmenes se van emancipando un poco de la forma tradicional.

JO: Los tres son *La presencia*, *El aire* y *Los recuerdos y los poderes omnímodos*.

APD: Y luego ya dejé de escribir un tiempo largo, me dediqué a las ciencias políticas y al finalizar eso volví a la literatura con *La Manticora*.

JO: Mucha gente dice que esa es una de las mejores novelas tuyas. Aquí cambia totalmente el escenario, también es una novela política, claro.

APD: Es una novela política pero es una novela esquemática, no hay personajes. Son tipos simbólicos todos, se me ocurrió hacer allí y después traté de mejorar aun esa técnica nueva... No había ni leído la técnica y después me lancé con un libro mucho más complicado porque tiene división de capítulos, tiene narrador narrado, uso del narrador por los personajes, algunos de ellos siguen viviendo en *La Manticora*.

JO: ¿Qué intentó usted con *La Manticora*?

APD: Con *La Manticora* intenté llegar al final de nuestra actual sociedad, pero no ya la ecuatoriana como en los tres primeros tomos, sino la cultura americana y ya con la invasión de los fenómenos universales. Sobre todo, la vida de consumo. *La Manticora* es eso, es el animal de Occidente, es una bestia que da saltos prodigiosos, es el loro de Flaubert. Incluso digo que Borges se equivocó porque lo usó como masculino y es femenino. Es una devoradora. Y es toda la perversión que viene transformando nuestra ciudad urbana en una élite de consumo.

JO: ¿Usted pensó en algún momento que había la posibilidad de un proyecto nacional y un proyecto latinoamericano relativamente autónomo que pasaba por la modernización, frente a la homogenización general del mundo moderno?

APD: Eso de una sola América Latina es una fábula que nos han contado. Tiene una característica, que se han hecho los proyectos liberales o conservadores con un capital, con un centro. La capital de Buenos Aires fue la ubicación de lo que ocurrió allí por mucho tiempo. Toda la Argentina siguió a Buenos Aires como todo el Perú ha servido a Lima, como toda Venezuela ha servido a Caracas; pero el Ecuador no ha sufrido eso por nuestra dispersión geográfica. Mientras que el puerto principal de Perú es Lima y Buenos Aires es un puerto y Montevideo es un puerto, Colombia tiene dos realidades, el Caribe, y la otra, Bogotá. El Ecuador tiene Guayaquil y Quito. La montaña nuestra, unos 300 kilómetros en línea, es tan abrupta que la gente de Guaya-

quil no iba nunca a Quito, iba al Perú, a Piura, de modo que en una estructura nacional muy débil el proyecto nacional fracasaba. Las clases dirigentes de Guayaquil tenían, han tenido hasta ahora, aunque hoy van mejorando las relaciones, tuvieron siempre intereses opuestos a los de la gente de Quito que eran latifundistas y los partidarios de las convenciones; no digo que no ha habido liberales en las haciendas pero predomina el mantenimiento del *statu quo*; en cambio en la Costa no convenía ese mantenimiento, el régimen del asalariado, a la burguesía de exportación.

JO: Pero Quito es además el espacio del Estado.

APD: Habiendo sido la ciudad principal de la Audiencia de Quito, y Guayaquil una población muy insignificante al lado de la de Quito, en menos de 30 o 40 años Quito queda sepultada en el olvido, porque se abre Guayaquil al Ecuador, al comercio, al intercambio, etc. En los 30 comienza Quito a recuperarse, porque ya se puede viajar, la comunicación se ha transformado también, pero mientras tanto es una cosa muy aislada, son dos regiones adversas y el regionalismo es muy profundo. Fíjese en el tema regionalista tratado también por Arguedas, dentro de una mentalidad así indígena, pero sin embargo está la oposición Cusco-Lima. La nuestra es una cosa peor porque no sé si los empresarios de Lima o la oligarquía limeña alguna vez se pusieron de acuerdo con la Sierra; creo que la adoptó.

JO: La dominó. En Lima se da una paradoja: es una ciudad de tradición conservadora que incorpora la modernización a sus propios esquemas, entonces la modernización refuerza la estratificación. ¿Es Quito una ciudad más democrática?

APD: Quito no lo era, pero ahora ya lo es: por el petróleo. Fíjese la cantidad de títulos de Castilla en el Perú; es enorme comparada con la de Quito, donde hay dos o tres gatos que habían comprado el título de marqués o de conde por ahí. Era una audiencia que primero estuvo con el Virreinato de Lima y luego con el de Bogotá.

JO: Una figura ecuatoriana muy conocida y apreciada en el Perú es, obviamente, Benjamín Carrión. ¿Cómo era?

APD: Él fue un estímulo en todo. El defecto de Benjamín Carrión es que era demasiado bondadoso; me elogió mucho en ese libro que tiene, *El nuevo relato ecuatoriano*, donde me elogia en una forma casi insensata. Me acuerdo que una vez que fui a Quito me dieron una comida, y al agradecerle el homenaje a Benjamín le dije: “Yo no le perdono a usted que me haya elogiado tanto, Benjamín, porque me hizo creer que yo era un gran escritor y después

resulta que me di cuenta que no, y ahora me cuesta mucho trabajo”. Él se sentía como una especie de padre: venía un muchacho, deme un prólogo, ahí está el prólogo; era muy dadivoso; y muy positivo, porque fomentó a muchos. Algunos no salían pero otros sí salieron.

JO: Usted ha mencionado su vinculación familiar peruana. Naturalmente, usted tuvo que tratar de cerca a José Diez Canseco. ¿Cómo lo recuerda?

APD: Es mi primo; lo traté varias veces, recuerdo que una vez pasó por Guayaquil yendo a París. Una hermana de mi madre se casó con un primo hermano de mi padre, pero no tuvieron hijos y vivían en París, él era un hombre rico, hijo de una señora venezolana millonaria. Total, que él era el hijo engreído de Irene, la hermana de mi mamá, lo llevaron a París y entró a mi casa a ver a mi mujer, me había casado y mi mujer estaba con escarlatina...

JO: Hay en Perú un intento de revaloración de su figura literaria. Claro que la importancia de su obra es indudable al comienzo de lo que se llama después la novela urbana. ¿Cómo es la imagen que le queda de él?

APD: Muy agradable, con mucho cariño, era un tarambana tremendo y un buen periodista, además de ser un buen escritor, sumamente inteligente. Estaba muy enfermo del corazón, murió a los 42 de un ataque al corazón.

JO: Evidentemente, tenía talento narrativo, pero no sé si los trabajos del periodismo le dejaron todo el tiempo para trabajar más en su obra, o si consideraba su obra de un modo casual.

APD: Había en él un escritor, un narrador de primera clase, pero se quedó en el periodismo, trabajando en la prensa. Luego, la bohemia. Y él era muy irónico, muy humorista, tomaba la vida muy en broma.

JO: Usted ha vivido en varios países de América Latina, empezando por Chile a partir del primer exilio. ¿Cómo fue la experiencia en ese exilio y su vida literaria allí?

APD: La experiencia del exilio en Chile fue para mí admirable. Yo había hecho ya antes un viaje, pero fue un viaje en una balandra con motor, no había plata para viajar en barco; y otro viaje que hice a los Estados Unidos, donde me fue muy mal, en los años 29 y 30, tuve que hacer oficios muy duros en Nueva York, de mozo de restaurante hasta animador de santos, fue una aventura. Pero del viaje a Chile tengo recuerdos magníficos. Llegué a una pensión muy barata porque era lo único que podía pagar, y allí fue a visitarme el viejo Óscar que era senador, después hice muy buena amistad con Mariano Latorre y luego estaba, en Ercilla, Luis Alberto Sánchez, amigo mío desde an-

tes, porque él había vivido en exilio en Ecuador, y mucha gente. Luis Alberto me hizo dar un trabajo en Ercilla, de gerente de la sucursal en Antofagasta, era una librería que tenía que abrir allí con un sueldo mínimo y con una comisión sobre las ventas. Me mudé a Antofagasta donde llegó mi mujer con mi hijita que tenía apenas un año. Viajé a Bolivia y contraté una edición con Alcides Arguedas de *Pueblo enfermo* para Ercilla.

JO: Es una de las grandes editoriales nuestras, ciertamente.

APD: Muy buena. Ellos me publicaron *Baldomera* en la primera edición.

JO: A Ciro Alegría lo conocería también en Chile.

APD: A él lo conocí en Chile, pasó una vez por Ecuador, y después se fue a vivir a Nueva York, donde se quedó. Manuel Seoane fue otro que conocí en Chile, lo vi hasta poco antes de morir, nos encontramos en San José de Costa Rica, yo estaba de profesor en un instituto y Manolo fue a dar un cursillo breve; de allí se fue a Washington donde se hizo un chequeo, y le encontraron algo que no sabía que tenía; le vino un ataque cardiaco y murió. En Chile había también muchos venezolanos exiliados por el general López Contreras que les pasaba una pensión en dólares para que pudieran vivir. Solamente en Venezuela puede pasar eso y nosotros teníamos unas envidias espantosas.

JO: Luego fue usted a vivir a México. ¿Cómo fue esa experiencia?

APD: Yo me fui a vivir a México no como exiliado pero allí me sorprendió un cambio de régimen, y me nombraron encargado de negocios, ya había sido encargado antes pero en México me quedé cuatro años, hasta 1944. En un viaje a los Estados Unidos, Larry, uno de los antecesores diplomáticos de la ULRRA, una organización creada por el presidente Roosevelt para socorrer al mundo devastado por la guerra, me propuso que regresara con un nombramiento en la ULRRA. Me designaron jefe de misión con rango de embajador, regresé a México hasta el año 45 en que me trasladaron a Buenos Aires.

JO: Entonces en México usted hizo un trabajo diplomático más bien.

APD: Hice muy buenos amigos además. Recuerdo a Martín Luis Guzmán, y a don Alfonso Reyes que me llevó al Colegio de México, donde dicté clases y conferencias. Hice una vida muy útil en México, para mí fue una experiencia personal estupenda. En los años mexicanos escribí *La hoguera bárbara* y allí publiqué la primera edición. Torres Bodet era ministro de Educación y él fue quien me encargó que hiciera una breve historia del Ecuador para la Biblioteca Popular que tenía la Secretaría de Educación, y la hice y esa fue mi iniciación como historiador.

JO: En esa época había ideas sobre América Latina en México que eran un tanto particulares.

APD: No eran muy agradables, en esa época México no se preocupaba de América Latina. Los años posteriores a la revolución, México tenía una preocupación regionalista. Yo había ya viajado mucho por América Latina porque mi trabajo me hacía viajar mucho. Conocer a Anastasio Somoza, a Tiburcio Andino. Fui ayudante en un viaje de Ricardo Alfaro, un internacionalista que era también uno de los mensajeros diplomáticos de la ULRRA. Me retiré de la organización en 1948. Me ofrecieron un cargo en la FAO, pero yo no quise. Había estado mucho tiempo fuera del país y de ahí me quedé hasta que salí otra vez al exterior, por unos años, a Europa, luego estuve en Gainesville y regresé a Ecuador en el 67. Desde el 67 soy ciudadano estable, con alguno que otro viaje.

JO: ¿Cómo fue el período de Buenos Aires?

APD: El período de Buenos Aires fue interesante, hice muy buenos amigos allí que me permitían darme cuenta de lo que estaba ocurriendo. Conocí a Victoria Ocampo y a María Rosa Oliver, quien terminó siendo militante del Partido Comunista, era una mujer muy distinguida, parálitica de ambas piernas. Por cierto que con Victoria fui testigo de un incidente: le negaron la visa de ingreso a los Estados Unidos.

JO: Vamos a Costa Rica, la famosa isla democrática. Conocería al director del *Repertorio Americano*, García Monge.

APD: No, no lo conocí. Conocí mucho a Figueres, al actual presidente, y a Luis Alberto Monge porque estaba funcionando allí un instituto internacional de educación política, y yo fui profesor.

JO: El peruano Carlos Delgado también estuvo ahí.

APD: Sí, estuvo también Armando Villanueva. Yo llegué a ser vicerrector, y el director era el padre Benjamín Núñez.

JO: Ese instituto reflejaba un pensamiento político muy concreto.

APD: Socialdemócrata. Ahí estuvo también Carlos Andrés Pérez. Volví a México unos tres o cuatro meses después de la muerte de Rómulo Gallegos. Margarita Mel... era una ilustre parlamentaria española exiliada, muy despierta, crítica de arte, la que lanzó a Rufino Tamayo, y me invitó a almorzar con Rómulo Gallegos; comenzamos a conversar durante el almuerzo y me dijo: “Dígame, Pareja, ¿cómo están los exiliados venezolanos?”. “Don Rómulo, están bien, todos tienen trabajo, además ahí está, como usted sabe, el embajador Fernando Paz Castillo y él los ayuda mucho”. Y entonces se le transforma

el rostro, se queda mirándome, y me dice: “Tres amigos tuve en mi vida, tres amigos del alma, mi mujer... (*inaudible*) y Fernando Paz Castillo. Y yo no publiqué nunca un libro mío si los tres no me daban su visto bueno, y hasta me han corregido mis cosas. Ahora, que se muera pronto Fernando, para que no se siga acanallando siguiendo a la dictadura”. Yo creo que no se acanalló, porque Paz Castillo era un diplomático de carrera, era buen poeta, y ayudaba a todos los exiliados; lo que pasa es que el hombre era muy emocional, este Gallegos.

JO: Esto es interesante porque nos lleva a un tema general que son estas relaciones de los escritores y la política, lo que es parte de nuestra historia intelectual. ¿Qué escritores ha encontrado usted que fueran realmente buenos escritores y buenos políticos?

APD: Creo que no he encontrado ninguno. El buen escritor generalmente es mal político. Cuando los obreros desconfían de los intelectuales, me parece absurdo porque necesitan de los intelectuales. Salvo que el escritor se convierta en un ejecutivo y deje de ser un consejero, en lo que puede ser magnífico. Pero en la política el escritor hace mucha fantasía, se imagina cosas que son una suprarrealidad pero que no es lo cotidiano. La política es una cosa muy dura que obliga a muchos sacrificios, de orden ético incluso, que desde el punto de vista político no son perjudiciales a la moral, y un pobre artista es mentiroso para crear cosas de ficción, pero no para engañar.

JO: Son tremendas esas contradicciones. Sin embargo, es casi una necesidad nuestra, la necesidad de participar.

APD: Eso es inherente, como se dice ahora, a los países en desarrollo.

JO: Y la figura latinoamericana arquetípica del dictador, ¿no le ha tentado a usted?

APD: He conocido varios. *Yo el supremo* de Augusto Roa Bastos me parece una obra magnífica, creo que es lo mejor que se ha hecho. Yo lo considero el libro mejor de los últimos sobre la dictadura. Me parece magistral.

JO: Otero Silva, ¿qué le parece como novelista?

APD: A mí me gusta muchísimo. Acaba de publicar *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad*, muy buen libro.

JO: Todo esto parece haber comenzado con *Tirano Banderas*, ¿verdad?

APD: *El señor Presidente* y *Tirano Banderas* no son primos hermanos sino sobrino carnal el uno del otro. Sin *Tirano Banderas* no se explica *El señor Presidente*, se parecen mucho, es una influencia directa de don Ramón. El género barroco que decimos nosotros es el esperpéntico de Valle Inclán.

JO: Don Alfredo, en esta entrevista peruana, resulta casi inevitable hablar de las fronteras, pero sin duda podemos decir aquí algo positivo. Es curioso que no haya habido un diálogo, y sea más bien una especie de tabú la situación entre Ecuador y Perú, que es potencialmente peligrosa para la paz.

APD: Es peligrosa. Le voy a contar algo que responde a su pregunta de una manera indirecta. Era ministro de Relaciones Exteriores del Perú García Bedoya, hombre extraordinario, y yo era ministro de Relaciones Exteriores de mi país. Quise reanudar el diálogo para arreglar los 78 kilómetros que faltan de delineación fronteriza y decidí ir a Lima. García Bedoya aceptó la entrevista a través de nuestro embajador. Le hice preguntar con cuántos asesores y contestó que con cinco; entonces me llevé a cinco y tuvimos un encuentro magnífico. En esos días había habido un choque de palabras entre nuestro embajador en Washington y el embajador de ustedes, bastante duro, excesivo. Uno de mis asesores empezó el diálogo, y la discusión se iba encrespando mucho, hasta que en un momento dado yo intervine. Le dije, quisiera llevarte a otro terreno; hablemos de una cosa que se me acaba de ocurrir: entre tu país y el mío hubo una guerra, y tu país ganó la guerra. Me dijo, no, de eso no quiero hablar. Le dije no, de eso no hay que hablar, escúchame: nosotros perdimos la guerra, entonces yo creo que el que gana la guerra tiene la obligación de ser un poco generoso y el otro tiene derecho de solicitar una reunión que salve su cara y que pueda tener lo que está ambicionando que no es nada más que una salida al Amazonas. Así empezaron nuestros nuevos diálogos sobre este problema. Yo tenía muchas esperanzas de llegar al entendimiento que habíamos planeado con el presidente Roldós.

JO: ¿Cómo ve usted, con los años de experiencia internacionalista, la situación internacional hoy desde el punto de vista latinoamericano?

APD: Mala, y oscura por todos los lados.

JO: Hace una década parecía que habíamos ganado por lo menos el espacio institucional para reclamar nuestros derechos, pero últimamente la polarización Este-Oeste parece tan grave que, incluso, el sistema internacional mismo parece limitado para nuestras demandas.

APD: A esa oposición Este-Oeste es a la que justamente se refirió nuestro presidente en las Naciones Unidas. Nosotros no tenemos nada que ver con la oposición Este-Oeste; lo que interesa es la oposición Norte-Sur. Eso lo dijo el presidente Hurtado con apoyo de los otros países. Él hizo una proposición para un proyecto de refinanciamiento común y reestructuración económica general, porque esta gente está devorando al mundo y especialmente a los paí-

ses pobres; y eso fue aprobado por los gobiernos, primero del Pacto Andino, y gobiernos como el Brasil, antes de que Hurtado viniera a Nueva York. No sé qué es lo que pueda ocurrir, pero continúa tan grave la situación en Nicaragua, Honduras, Salvador, y también en Colombia, Ecuador y Perú.

JO: Es como si la situación de crisis económica total, incluso de crisis del mismo destino nacional, no tuviera alternativas institucionales políticas autónomas; como si se hubiera agotado también la misma capacidad de organización política de la situación económica, ¿no le parece?

APD: Creo que usted lo dice muy bien. Es muy deprimente, porque todas las soluciones que se han ensayado en la línea democrática desde 1825 hasta hoy han sido una cadena de frustraciones. Entonces, aunque yo creo que la democracia puede existir porque creo en la libertad del ser humano, me parece que el error ha sido en crearnos una democracia que no es la nuestra, una cosa ficticia y de ficción, solamente porque hemos creído en las palabras, en papeles, no en las cosas de la realidad. Mire esa incoherencia que hay desde los días de la independencia: haber pegado un salto a una cultura que no es la nuestra con valores que no son los nuestros, ese es nuestro gran absurdo. Eso nos ha traído una serie de peleas. El XIX nuestro se va a pelear entre don Pedro y don Juan, el siglo XX no se puede explicar tecnológicamente sin el XIX, y perder cien años así, cuando habíamos perdido ya 300; y ahora tenemos que hacer tantas cosas en tan poco tiempo.

JO: Usted ha conocido a los protagonistas de la probablemente más brillante generación política que ha tenido América Latina: Figueres, Bosh, Haya de la Torre, Betancourt, Muñoz Marín, a la cual pertenece, claro, Mariátegui y otra gente de otras tendencias. ¿Usted ha visto luego que hay nuevos cuadros de líderes políticos en formación?

APD: No, actualmente no, porque otra vez, como ha ocurrido siempre, la gente de izquierda está muy dividida. No me refiero al Partido Comunista, eso es una cosa aparte, nosotros no tenemos nada que ver con los comunistas. En este momento hay entre la socialdemocracia y la democracia cristiana una lucha tan tremenda en el mundo entero que nos va a perjudicar en cualquier proyecto que tengamos para salir de este marasmo. Es un odio tremendo, lo mismo pasó en los años treinta con los partidos socialistas. Dicen que somos muy inteligentes, que tenemos muy buenas ideas, pero nos falta el manejo de ellas con el sentido de lo real; como decía Ortega y Gasset, la cabeza del político es la cabeza de la realidad por sobre todas las cosas. Él no era político, desde luego.

JO: Volvamos a la literatura. Jules Romand y Martin du Gard son autores que resultaron fundamentales para usted ¿Qué le interesó en el ciclo de Jules Romand?

APD: Justamente, que presenta una etapa social francesa hecha con mucho arte; creí buscar fuerzas en alguna parte para hacer una obra modestamente parecida, para hacer una especie de recomposición artística, incluso política, de lo que fue el Ecuador de los años veinte hasta nuestros días como Estado moderno. Eso fue una gran influencia sobre mí de estos autores; porque más adelante, ya por ejemplo en *Hombres sin tiempo* y otras obras, creo que uno de los autores que más ha influido sobre mí, en mi vida de escritor, ha sido Thomas Mann. Yo hice un estudio sobre *La montaña mágica* y luego un libro que se llama *Thomas Mann y el nuevo humanismo*.

JO: ¿Qué cosa es lo que lo impresionaba y lo acercaba a Thomas Mann?

APD: La parte filosófica y el dominio de la narración porque es de una maestría increíble, y además la gran variedad de su producción en cuanto a la forma, en cuanto a la manera casi genial, diría yo, de acomodar el asunto a la forma; por eso es que él podía decir que el arte no es forma, no es nada, pero entendida la forma en sentido platónico, no en el del formalismo. La forma necesaria para el asunto. Él y Herman Broch, el autor de *La muerte de Virgilio*, son mis autores preferidos.

JO: ¿No cree usted que Mann y Broch en estas obras enciclopédicas sobre la historia, la sociedad, la visión del hombre, presentan una cosmovisión que es el recuento de un fin de los tiempos? Me parece que hay algo como el canto del cisne de una cultura o de una época en ellos.

APD: Tiene usted razón, especialmente en el caso de Broch, y Mann desde *La montaña mágica*: es el canto del cisne de la gran cultura burguesa, que se estropea con la Primera Guerra Mundial; y también Broch en *La muerte de Virgilio* hace una gran alegoría con un simbolismo tremendo.

JO: Quizá refleja el fin del imperio austrohúngaro.

APD: Hay algo de eso, además el Augusto suyo es un poco Hitler, muy posiblemente.

JO: En cambio, nosotros no hemos tenido novela histórica, ¿Por qué?

APD: No, en América no hay novela histórica, hay algunos ensayos. Es raro, con la gran influencia que pudo haber ejercido en ese sentido don Benito Pérez Galdós. Demetrio Aguilera trató de hacer algo con una serie de episodios, pero no siguió por esa línea. Se tiene ahora la novela de Galdós para criticarla, para superarla, pero es un Dickens y quizá mejor que un Dickens.

JO: La serie novelesca que usted proyectó y llevó a cabo se daba sobre un fondo histórico, una realidad social nueva y también con una interpretación de la sociedad.

APD: Esto es lo que yo traté de hacer, no sé si lo he logrado; es la historia de mi generación, incluso soy yo un poco el personaje, lo que es irremediable. Los dos últimos tomos, *Las pequeñas estaturas* y *La Manticora* ya salen del Ecuador. Sus personajes no tienen ni carne ni hueso, están ahí con unos nombres inventados y cada nombre tiene una significación simbólica; son nombres tornados del latín, del griego, para darle un carácter de universalidad al fenómeno nuestro, especialmente a los países andinos.

JO: Usted en el ciclo intentaba comunicar o elaborar una interpretación nacional a través de una experiencia generacional; ¿eso quiere decir que la realidad social y política que está modelando era un proyecto hacia el futuro más que una realidad completa en sí misma?

APD: Al comienzo quiso ser una interpretación de lo actual, con la significación de que la única manera en que puede comprenderse lo actual es tratar de superarlo, porque de otra manera el conformismo de la época limita la visión; la inmediatez cierra todo vínculo con el posible futuro. En ese sentido quizá sí, es una visión a futuro. Pero al comienzo, por ejemplo en las dos primeras novelas de la serie, solamente hice cosas que yo veía inmediatamente. Me escapaba de vez en cuando, me encontraba con alguna bruja, hasta que ya luego me desprendí. No sé si decirle que en *Las pequeñas estaturas* lo que hay es un gran sentido de frustración en nuestra sociedad, la tragedia de que han fracasado la derecha extrema y la izquierda extrema, un esfuerzo completamente inútil. Luego *La Manticora* es un libro que me hizo sufrir mucho pero al fin lo terminé con algo de optimismo; me parece que tiene mucho exceso de lo verbal, pero al final lo escribí con una serie de figuras de pueblos. En primer lugar, si esa novela es buena mejor que sea la última, ya es una larga vida haciendo novelas y además me hizo sufrir; entonces me dediqué de lleno a la historia, que me da mucho trabajo, pero no me da las tensiones de la ficción.

JO: Es interesante la noción de que cada generación empieza de nuevo las cosas. Es una perspectiva muy latinoamericana.

APD: Que es cierta. Uno ya ha escrito y le corresponde dejar el sitio a los otros.

JO: ¿Pero no se pierde un poco el sentido de la continuidad histórica?

APD: Yo no creo mucho en la continuidad histórica, especialmente en nuestras culturas del Tercer Mundo donde se dan unos saltos y se recomienza,

no hay una continuidad. Veamos, por ejemplo, el caso de la novela colombiana en sus obras principales, en el romanticismo está *María*, viene luego la novela criolla, con *La vorágine* de José Eustasio Rivera, y viene la nueva novela con *Cien años de soledad*, que son las tres obras mejores o que se cree mejores que todas las otras obras que se han escrito en español en América. Y no hay continuidad en Colombia, incluso tuvo la novela muy tarde, en otros países se producían muchas más. Con la circunstancia de que Colombia es un país bastante culto, con buenas universidades, con buenos institutos de letras, tradición literaria, buenos escritores; pero no estos gigantes. En el Perú tampoco veo yo una.

JO: En el Perú, para mí, el gran novelista es José María Arguedas.

APD: Para mí también, es el más grande novelista del Perú y uno de los grandes novelistas de habla española.

JO: ¿Icaza era un hombre que conocía el mundo indígena por dentro?

APD: Lo conocía, yo diría, muy exteriormente, no tan interiormente. No como Arguedas, que es un nuevo indigenismo, una cosa diferente.

JO: En Arguedas también hay una tortura de las formas, cada libro es diferente a otro, como si los temas fuesen conflictivos y difíciles.

APD: Los temas son muy conflictivos desde *Todas las sangres*, donde él es ya un poco el antropólogo, el etnólogo que está queriendo demostrar algo; porque fijese que en *Los ríos profundos* no hay nada discursivo, prácticamente es una poesía. *Todas las sangres* me gusta mucho, aunque hay ratos en que es discursiva.

JO: Los grandes novelistas rusos parece que eran los favoritos de Arguedas, ¿también lo eran del grupo Guayaquil?

APD: Se ha dicho que nos influyó el realismo socialista porque nos influyó gente como Gorki. Pero más que los rusos influyeron los norteamericanos, Dos Passos, Faulkner después, y Thornton Wilder. Dos Passos y Wilder estuvieron en Guayaquil; Dos Passos cuando la guerra hitleriana fue a pedir ayuda para una organización y Wilder venía del Perú. Dos Passos tenía curiosidad por la cultura hispánica, era portugués.

JO: Hablábamos del exilio, pero no pocos escritores han optado por vivir en el Ecuador, lo cual indicaría que la posibilidad de ser un escritor en el Ecuador no está impedida por circunstancias políticas.

APD: No, francamente, hasta las últimas dictaduras militares que hemos combatido las llamamos en broma *dictablandas*. En los años 70 me condecoró a mí con la orden de Gran Comendador una dictadura militar, pero

no la quise recibir; me llamaron y me dijeron que no hiciera eso; entonces dije que yo diría lo que quisiera; me presenté, nos condecoraban a tres, y al hacer el discurso protesté por el régimen dictatorial. Dije que no podía estar alegre recibiendo la condecoración porque estaba de duelo por una matanza de obreros, y que la recibía por un pronto retorno a la libertad y a la democracia. Los jóvenes empleados pasaban a felicitar-me; yo temía alguna represalia, pero no ocurrió.

JO: En la vida intelectual de los años 30 y 40 el escritor era una voz pública, y hacía en la ficción o en el ensayo lo que no se hacía en las ciencias sociales; pero luego en los 60 aparece el científico social como el que tiene la autoridad del saber nacional. ¿Qué piensa de estas autoridades?

APD: Aparecen con un gran atrevimiento y osadía, en buenas palabras; pero al historiador lo hacen a un lado porque el sociólogo quiere hacerlo todo. Y el novelista o el poeta es ya una figura secundaria. Ahora, la figura principal es el economista. Pero es el que más se equivoca; les decimos *kikuyos*, que es una hierba colombiana que crece y da un prado precioso pero es dura y se mete por todas partes de modo que no se puede cortar. Estoy haciendo un poco de broma con esto, yo tengo dos hijos economistas. El intelectual antes era todo, era maestro de escuela, diputado, senador, gobernador de la provincia y hasta presidente. Todos llegaban a ministros. Eso fue lo que condujo a que tengamos tantos abogados, todos los intelectuales empezaron como poetas y terminaron en doctores, hasta los médicos. Guayaquil, que es mi ciudad nativa, en los últimos 40 años se hizo tan importante en las finanzas que el poeta era visto como un pobre diablo. Y así sigue. ❖

Fecha de recepción: 4 de diciembre de 2013

Fecha de aceptación: 21 de enero de 2014